

José Antonio Pagola

JESÚS

Aproximación histórica



4

PROFETA DEL REINO DE DIOS

Jesús deja el desierto, cruza el río Jordán y entra de nuevo en la tierra que Dios había regalado a su pueblo. Es en torno al año 28 y Jesús tiene unos treinta y dos años. No se dirige a Jerusalén ni se queda en Judea. Marcha directamente a Galilea. Lleva fuego en su corazón. Necesita anunciar a aquellas pobres gentes una noticia que le quema por dentro: Dios viene ya a liberar a su pueblo de tanto sufrimiento y opresión. Sabe muy bien lo que quiere: pondrá “fuego” en la tierra anunciando la irrupción del reino de Dios (Lucas 12,49): “He venido a poner fuego en la tierra”. Según muchos exegetas, en estas palabras se escucha el eco del deseo de Jesús. En el *Evangelio [apócrifo] de Tomás* se puede leer también este dicho de Jesús: “Quién está cerca de mí, está cerca del fuego. Quien está lejos de mí, está lejos del reino” (82).

Profeta itinerante

Jesús no se instala en su casa de Nazaret, sino que se dirige a la región del lago de Galilea y se pone a vivir en Cafarnaún, en casa de Simón y Andrés, dos hermanos a los que ha conocido en el entorno del Bautista. Las fuentes cristianas dicen escuetamente que Jesús “se volvió a Galilea. Dejó Nazaret y se fue a vivir a Cafarnaún, junto al mar” (Mateo 4,12-13).

Cafarnaún era un pueblo de 600 a 1.500 habitantes, que se extendía por la ribera del lago, en el extremo norte de Galilea, tocando ya el territorio gobernado por Filipo. Probablemente Jesús lo elige como lugar estratégico desde donde puede desarrollar su actividad de profeta itinerante. Es un acierto, pues Cafarnaún está bien comunicado tanto con el resto de Galilea como con los territorios vecinos: la tetarquía de Filipo, las ciudades fenicias de la costa o la región de la Decápolis.

Cafarnaún es una aldea importante, comparada con Nazaret, Naín y otras muchas de la Baja Galilea, pero muy modesta frente a Séforis o Tiberíades. No tiene calles pavimentadas según un trazado urbano, sino callejas de tierra apisonada, polvorientas en verano, convertidas en barrizales en la estación de las lluvias y malolientes siempre. No hay construcciones de mármol ni edificios con mosaicos. Las casas son modestas y están construidas con piedras de basalto negro y techumbres de cañas y ramaje recubierto de barro. Por lo general se arraciman en grupos de tres o cuatro en torno a un patio común, donde discurre en buena parte la vida y el trabajo de las familias. En los patios, los excavadores han encontrado esparcidos por todas partes anzuelos, aperos de labranza, molinos, prensas (Reed).

La población de Cafarnaún es judía, si exceptuamos, tal vez, los recaudadores de impuestos, algunos funcionarios y, probablemente, una pequeña guarnición del ejército de Antipas. En las afueras de Cafarnaún hay una aduana donde se controla el tránsito de mercancías de una importante vía comercial por la que llegaban las caravanas de Oriente con mercancías de gran valor, como los perfumes y perlas de la India o la seda de la China; los funcionarios de aduanas, que cobraban los impuestos, peajes y derechos de frontera, no son bien vistos por la gente y, probablemente, no se mezclan mucho con los vecinos; Según un relato evangélico, Jesús irritó a algunos sectores de Cafarnaún cuando se fue a casa del recaudador Leví a comer con él y un grupo de aduaneros (Marcos 9,9-13).

Algo parecido sucede con los funcionarios que se mueven por los embarcaderos recaudando los impuestos por la pesca del lago. En una aldea fronteriza como Cafarnaún no puede faltar una vigilancia militar. Antipas tenía su propio ejército, equipado e instruido al estilo de los romanos, pero compuesto sobre todo por mercenarios extranjeros; probablemente una pequeña guarnición de soldados herodianos vigilaba la frontera y aseguraba el orden en una zona del lago donde la actividad pesquera y el tráfico de embarcaciones es bastante intensos. Aunque la fuente Q (Lucas 7,1-10// Mateo 8,5-13) narra la curación realizada por Jesús del criado de un centurión residente en Cafarnaún, es inverosímil históricamente la presencia de una centuria de legionarios romanos en Galilea. En esta época, la legión romana que vigilaba toda la región estaba estacionada en Siria. Jesús no se encontró con soldados romanos en Galilea.

Los habitantes de Cafarnaún son gente modesta. Bastantes son campesinos que viven del producto de los campos y las viñas de las cercanías, pero la mayoría vive de la pesca. Entre los campesinos, algunos llevan una vida más desahogada; entre los pescadores, algunos son dueños de su barca. Pero hay también campesinos despojados de sus tierras que trabajan como jornaleros en las posesiones de los grandes terratenientes o contratando su trabajo por días o temporadas en alguna de las embarcaciones importante. Los excavadores no han encontrado en el lugar objetos de lujo, cerámica importada, joyas o vajilla de calidad. No hay indicios de casas habitadas por gente acomodada.

Cafarnaún es, sobre todo, una aldea de pescadores cuya vida se concentra en los espacios libres que quedan entre las modestas viviendas y las escolleras y los rudimentarios embarcaderos de la orilla. Es seguramente donde más se mueve Jesús. Los pescadores de Cafarnaún son, junto con los de Betsaida, quienes más trabajan en la zona norte del lago, la más rica en bancos de peces. Salen a la mar de noche. Si la faena ha sido fructífera, se dirigen hacia el sur, al puerto de Magdala, donde pueden vender su pescado a los fabricantes de salazón.

Al parecer, el tráfico de embarcaciones por el lago era intenso. Magdala era el puerto preferido de descarga, pues allí se encontraban las fábricas más famosas de salazón. En 1986 se descubrieron cerca de Magdala, hundidos en el lago, los restos de una embarcación de los tiempos de Jesús. Es de madera de cedro y mide 8,12 metros de eslora y 2,35 metros de manga. Debía de tener un mástil central para colocar una vela cuadrada, pero también llevaba remos. Se debió de hundir en alguna tormenta a principios del siglo I.

Al parecer, Jesús simpatiza pronto con estas familias de pescadores. Le dejan sus barcas para moverse por el lago y para hablar a las gentes sentadas en la orilla. Son sus mejores amigos: Simón y Andrés, oriundos del

puerto de Betsaida, pero que tienen casa en Cafarnaún; Santiago y Juan, hijos de Zebedeo y de Salomé, una de las mujeres que lo acompañará hasta el final; María, oriunda del puerto de Magdala, curada por Jesús y cautivada por su amor para siempre.

Sin embargo, él no se instala en Cafarnaún. Quiere difundir la noticia del reino de Dios por todas partes. No es posible reconstruir los itinerarios de sus viajes, pero sabemos que recorrió los pueblos situados en torno al lago: Cafarnaún, Magdala, Corozáin o Betsaida; visitó las aldeas de la Baja Galilea: Nazaret, Caná, Naín; llegó hasta las regiones vecinas de Galilea: Tiro y Sidón, Cesarea de Filipo y la Decápolis. Sin embargo, según las fuentes, evita las grandes ciudades de Galilea: Tiberíades, la nueva y espléndida capital, construida por Antipas a orillas del lago, a solo dieciséis kilómetros de Cafarnaún, y Séforis, la preciosa ciudad de la Baja Galilea, a solo seis kilómetros de Nazaret. Por otra parte, cuando se acerca a Tiro y Sidón o visita la región de Cesarea de Filipo o la Decápolis, tampoco entra en los núcleos urbanos; se detiene en las aldeas del entorno o en las afueras de la ciudad, donde se encuentran los más excluidos: gentes de paso y vagabundos errantes que duermen fuera de las murallas. Jesús se dedica a visitar las aldeas de Galilea. Lo hace acompañado de un pequeño grupo de seguidores. Cuando van a pueblos cercanos como Corozáin, a solo tres kilómetros de Cafarnaún, probablemente se vuelven a sus casas al atardecer. Cuando se desplazan de una aldea a otra, buscan entre los vecinos personas dispuestas a proporcionarles comida y un sencillo alojamiento, seguramente en el patio de la casa. No sabemos cómo afrontan los inviernos cuando arrecian las lluvias y se siente el rigor del frío.

Al llegar a un pueblo, Jesús busca el encuentro con los vecinos. Recorre las calles como en otros tiempos, cuando trabajaba de artesano. Se acerca a las casas deseando la paz a las madres y a los niños que se encuentran en los patios, y sale al descampado para hablar con los campesinos que trabajan la tierra. Su lugar preferido era, sin duda, la sinagoga o el espacio donde se reunían los vecinos, sobre todo los sábados. Allí rezaban, cantaban salmos, discutían los problemas del pueblo o se informaban de los acontecimientos más sobresalientes de su entorno. El sábado se leían y comentaban las Escrituras, y se oraba a Dios pidiendo la ansiada liberación. Era el mejor marco para dar a conocer la buena noticia del reino de Dios.

Al parecer, esta manera de actuar no es algo casual. Responde a una estrategia bien pensada. El pueblo no tiene ya que salir al desierto a prepararse para el juicio inminente de Dios. Es Jesús mismo el que recorre las aldeas invitando a todos a “entrar” en el reino de Dios que está ya irrumpiendo en sus vidas. Esta misma tierra donde habitan se convierte ahora en el nuevo escenario para acoger la salvación. Las parábolas e imágenes que Jesús extrae de la vida de estas aldeas vienen a ser “parábola de Dios”. La curación de los enfermos y la liberación de los endemoniados son signo de una sociedad de hombres y mujeres sanos, llamados a disfrutar de una vida digna de los hijos e hijas de Dios. Las comidas abiertas a todos los vecinos son símbolo de un pueblo invitado a compartir la gran mesa de Dios, el Padre de todos.

Jesús ve en estas gentes de las aldeas el mejor punto de arranque para iniciar la renovación de todo el pueblo. Estos campesinos hablan arameo, como él, y es entre ellos donde se conserva de manera más auténtica la tradición religiosa de Israel. En las ciudades es diferente. Junto al arameo se habla también algo de griego, una lengua que Jesús no domina; además, la cultura helenista está allí más presente.

Pero, probablemente, hay otra razón más poderosa en su corazón. En estas aldeas de Galilea está el pueblo más pobre y desheredado, despojado de su derecho a disfrutar de la tierra regalada por Dios; aquí encuentra Jesús como en ninguna otra parte el Israel más enfermo y maltratado por los poderosos; aquí es donde Israel sufre con más rigor los efectos de la opresión. En las ciudades, en cambio, viven los que detentan el poder, junto con sus diferentes colaboradores: dirigentes, grandes terratenientes, recaudadores de impuestos. No son ellos los representantes del pueblo de Dios, sino sus opresores, los causantes de la miseria y del hambre de estas familias. La implantación del reino de Dios tiene que comenzar allí donde el pueblo está más humillado. Estas gentes pobres, hambrientas y afligidas son las “ovejas perdidas” que mejor representan a todos los abatidos de Israel. Jesús lo tiene muy claro. El reino de Dios solo puede ser anunciado desde el contacto directo y estrecho con las gentes más necesitadas de respiro y liberación. La buena noticia de Dios no puede provenir del espléndido palacio de Antipas en Tiberíades; tampoco de las suntuosas villas de Séforis ni del lujoso barrio residencial de las elites sacerdotales de Jerusalén. La semilla del reino solo puede encontrar buena tierra entre los pobres de Galilea.

No se ha de excluir la hipótesis de quienes consideran que la vida itinerante de Jesús por las aldeas galileas, evitando Tiberíades y Séforis, y manteniéndose en la región del lago que le permitía huir rápidamente fuera de Galilea, se debiera en parte a su temor de ser apresado por Antipas (Hoehner, Reed).

La vida itinerante de Jesús en medio de ellos es símbolo vivo de su libertad y de su fe en el reino de Dios. No vive de un trabajo remunerado; no posee casa ni tierra alguna; no tiene que responder ante ningún recaudador; no lleva consigo moneda alguna con la imagen del César. Ha abandonado la seguridad del sistema para “entrar” confiadamente en el reino de Dios. El *Evangelio [apócrifo] de Tomás* atribuye a Jesús estas palabras: “Sed itinerantes”. Según algunos expertos, este breve dicho recoge de manera auténtica la opción de Jesús por una vida itinerante y contracultural.

Por otra parte, su vida itinerante al servicio de los pobres deja claro que el reino de Dios no tiene un centro de poder desde el que haya de ser controlado. Este aspecto es sugerido por Theissen, Crossan y otros autores, que subrayan la dimensión itinerante de Jesús.

No es como el Imperio, gobernado por Tiberio desde Roma, ni como la tetrarquía de Galilea, regida por Antipas desde Tiberíades, ni como la religión judía, vigilada desde el templo de Jerusalén por las elites sacerdotales. El reino de Dios se va gestando allí donde ocurren cosas buenas para los pobres.

La pasión por el reino de Dios

Nadie duda de esta información que nos proporcionan las fuentes: Jesús “fue caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea proclamando y anunciando la buena noticia del reino de Dios” (Lucas 8,1, 10). Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la causa a la que Jesús dedica en adelante su tiempo, sus fuerzas y su vida entera es lo que él llama el “reino de Dios”. Es, sin duda, el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su actividad. Todo lo que dice y hace está al servicio del reino de Dios. Todo adquiere su unidad, su verdadero significado y su fuerza apasionante desde esa realidad. El reino

de Dios es la clave para captar el sentido que Jesús da a su vida y para entender el proyecto que quiere ver realizado en Galilea, en el pueblo de Israel y, en definitiva, en todos los pueblos.

Aunque pueda sorprender a más de uno, Jesús solo habló del “reino de Dios”, no de la “iglesia”. El reino de Dios aparece 120 veces en los evangelios sinópticos; la iglesia solo dos veces (Mateo 16,18 y 18,17), Y obviamente no es un término empleado por Jesús.

Lo dicen todas las fuentes. Jesús no enseña en Galilea una doctrina religiosa para que sus oyentes la aprendan bien. Anuncia un acontecimiento para que aquellas gentes lo acojan con gozo y con fe. Nadie ve en él a un maestro dedicado a explicar las tradiciones religiosas de Israel. Se encuentran con un profeta apasionado por una vida más digna para todos, que busca con todas sus fuerzas que Dios sea acogido y que su reinado de justicia y misericordia se vaya extendiendo con alegría. Su objetivo no es perfeccionar la religión judía, sino contribuir a que se implante cuanto antes el tan añorado reino de Dios y, con él, la vida, la justicia y la paz.

Jesús no se dedica tampoco a exponer a aquellos campesinos nuevas normas y leyes morales. Les anuncia una noticia: “Dios ya está aquí buscando una vida más dichosa para todos. Hemos de cambiar nuestra mirada y nuestro corazón”. Su objetivo no es proporcionar a aquellos vecinos un código moral más perfecto, sino ayudarles a intuir cómo es y cómo actúa Dios, y cómo va a ser el mundo y la vida si todos actúan como él. Eso es lo que les quiere comunicar con su palabra y con su vida entera.

Jesús habla constantemente del “reino de Dios”, pero nunca explica directamente en qué consiste. De alguna manera, aquellas gentes barruntan de qué les está hablando, pues conocen que su venida es la esperanza que sostiene al pueblo. Jesús, sin embargo, les sorprenderá cuando vaya explicando cómo llega este reino, para quiénes va a resultar una buena noticia o cómo se ha de acoger su fuerza salvadora. Lo que Jesús transmite tiene algo de nuevo y fascinante para aquellas gentes. Es lo mejor que podían oír. ¿Cómo pudo Jesús entusiasmar a aquellas gentes hablándoles del “reino de Dios”? ¿Qué captaban detrás de esa metáfora? ¿Por qué le sentían a Dios como buena noticia?

Un anhelo que venía de lejos

El reino de Dios no era una especulación de Jesús, sino un símbolo bien conocido, que recogía las aspiraciones y expectativas más hondas de Israel. Una esperanza que Jesús encontró en el corazón de su pueblo y que supo recrear desde su propia experiencia de Dios, dándole un horizonte nuevo y sorprendente. No era el único símbolo ni siquiera el más central de Israel, pero había ido adquiriendo gran fuerza para cuando Jesús empezó a utilizarlo. Sin embargo, la expresión literal “reino de Dios” era reciente y de uso poco frecuente. La expresión “reino de Dios” apenas aparece en el Antiguo Testamento. De ordinario se dice que Dios es “rey” (*mélek*) o que Dios “reina” (*malak*). Los evangelios señalan que Jesús emplea la expresión “reino de Dios” (*basileia tou theou*). Es la traducción de la forma aramea que Jesús utilizó: *malkutá di 'elahá*. Fue Jesús quien decidió usarla de forma regular y constante. No encontró otra expresión mejor para comunicar aquello en lo que él creía.

Desde niño había aprendido a creer en Dios como creador de los cielos y de la tierra, soberano absoluto sobre todos los dioses y señor de todos los pueblos. Israel se sentía seguro y confiado. Todo estaba en manos de Dios.

Su reinado era absoluto, universal e inquebrantable. El pueblo expresaba su fe cantando con júbilo a Dios como rey: “Decid a los gentiles: Yahvé es rey. El orbe está seguro, no vacila; él gobierna a los pueblos rectamente”. Coincidiendo con la fiesta del año nuevo se celebraba en el templo de Jerusalén una liturgia de entronización de Yahvé como rey. Todavía podemos leer una pequeña colección de salmos (93-99) que se cantaban sobre todo en esta fiesta. Probablemente Jesús los conoció y los cantó en alguna ocasión.

Ese Dios grande, señor de todos los pueblos, es rey de Israel de una manera muy especial. Él los ha sacado de la esclavitud de Egipto y los ha conducido a través del desierto hasta la tierra prometida. El pueblo lo sentía como su “liberador”, su “pastor” y su “padre”, pues había experimentado su amor protector y sus cuidados. Al comienzo no le llamaban “rey”. Pero, cuando se estableció la monarquía e Israel tuvo, como otros pueblos, su propio rey, se sintió la necesidad de recordar que el único rey de Israel era Dios. Por tanto, el rey que gobernara a su pueblo solo podía hacerlo en su nombre y obedeciendo a su voluntad.

Los reyes no respondieron a las esperanzas puestas en ellos. Dios había liberado a Israel de la esclavitud de Egipto para crear un pueblo libre de toda opresión y esclavitud. Les había regalado aquella tierra para que la compartieran como hermanos. Israel sería diferente a otros pueblos: no habría esclavos entre ellos; no se abusaría de los huérfanos ni de las viudas; se tendría compasión de los extranjeros. Sin embargo, y a pesar de la denuncia de los profetas, el favoritismo de los reyes hacia los poderosos, la explotación de los pobres a manos de los ricos y los abusos e injusticias de todo género llevaron a Israel al desastre. El resultado fue el destierro a Babilonia.

Para Israel fue una experiencia trágica, difícil de entender. El pueblo estaba de nuevo bajo la opresión de un rey extranjero, despojado del derecho a su tierra, sin rey, sin templo ni instituciones propias, sometido a una humillante esclavitud. ¿Dónde estaba Dios, el rey de Israel? Los profetas no cayeron en la desesperanza: Dios restauraría a aquel pueblo humillado y de nuevo lo liberaría de la esclavitud. Este es el mensaje de un profeta del siglo VI a. c.: Dios continúa amando a su pueblo y le ofrece una vez más su perdón. Sacará a Israel de la cautividad, el pueblo vivirá un nuevo “éxodo”, las tribus dispersadas volverán a reunirse y todos podrán disfrutar en paz de la tierra prometida. Jesús conocía, y tal vez evocaba, mientras recorría las montañas de Galilea, el mensaje lleno de fuerza y belleza de este profeta que gritaba así el final del destierro: “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia salvación, que dice a Sión: "Ya reina tu Dios"” (Isaías 52,7). Este gran profeta anónimo escribe hacia el final del destierro (en torno al año 550 a. C.) lo que hoy se llama el “Libro de la consolación”, un escrito que se encuentra actualmente en Isaías 40-55..

Algunos grupos de desterrados volvieron efectivamente a su tierra y el templo fue reconstruido, pero aquellas promesas maravillosas no se cumplieron. Las tribus seguían dispersas. Se volvía a las antiguas prevaricaciones e injusticias. La verdadera paz parecía imposible, pues ya se cernía en el horizonte la sombra amenazadora de Alejandro Magno. Sin embargo, los últimos profetas seguían alentando al pueblo. Malaquías se atrevía a poner en boca de Yahvé esta alentadora noticia: “Mirad, yo envío mi mensajero a preparar el camino delante de mí” (Malaquías 3,1). Malaquías es considerado el último de los profetas.. Jesús, como muchos de sus contemporáneos, vivía de esta fe. Cuando oían hablar de la venida de

Dios, una doble esperanza se despertaba en su corazón: Dios librará pronto a Israel de la opresión de las potencias extranjeras, y establecerá en su pueblo la justicia, la paz y la dignidad.

En medio de un pueblo en ardiente espera

La situación de Israel se hizo todavía más desesperada con la invasión de Alejandro Magno primero y de las legiones romanas después. Ningún profeta se atrevía ahora a alzar su voz. Israel parecía abocado a la desaparición. Es entonces precisamente cuando se pudo oír una vez más el grito angustiado de este pueblo oprimido por medio de unos escritores sorprendentes que lograron mantener viva la esperanza ardiente de Israel. Se les llama escritores apocalípticos porque comunican al pueblo la “revelación” (*apokalypsis*) que dicen haber recibido de Dios. Esta literatura surge con fuerza a comienzos del siglo II a. C. y no desaparece hasta después del I d. C. Uno de los escritos apocalípticos más famosos es el libro de Daniel, que logró ser integrado en la Biblia. Los demás se llaman libros “apócrifos” (*apokrifoi*), es decir, libros que quedan fuera del canon de las Escrituras bíblicas. Entre los más conocidos están: los libros de *Henoc*, el libro de los *Jubileos*, los *Salmos de Salomón*, la *Asunción de Moisés*, los *Testamentos de los Doce Patriarcas*, los *Oráculos de la Sibila* ... Eran libros bien conocidos en la comunidad de Qumrán, y algunos de ellos fueron escritos probablemente en aquel “monasterio”.

La situación era tan desconcertante que resultaba para todos un enigma indescifrable. ¿Dónde está Dios? Es necesario que él mismo revele sus designios secretos y asegure a su pueblo que sigue controlando la historia. Solo estos escritores que han conocido los planes profundos de Dios por medio de sueños y visiones pueden arrojar algo de luz sobre la situación que vive el pueblo.

El mensaje de estos visionarios es terrorífico y, al mismo tiempo, esperanzador. El mundo está corrompido por el mal. La creación entera está contaminada. Se va a entablar un combate violento y definitivo entre las fuerzas del mal y las del bien, entre el poder de la luz y el de las tinieblas. Dios se verá obligado a destruir este mundo por medio de una catástrofe cósmica para crear “unos nuevos cielos y una nueva tierra”. Esta era tenebrosa de desconcierto que vive el pueblo cesará para dar paso a otra nueva de paz y bendición.

La mayoría de los estudiosos piensan que los escritos apocalípticos anuncian una intervención final de Dios que destruirá este mundo actual y concreto para sustituirlo por “otro mundo” que queda ya fuera de la historia. Sin embargo, está creciendo el número de autores que consideran que el lenguaje y la imaginería apocalíptica apuntan en realidad a una transformación de este mundo concreto, comenzando por la transformación histórica de Israel (Wright, Horsley, Vidal).

Sin duda, Jesús conocía el libro de Daniel, el escrito apocalíptico más popular, aparecido durante la brutal persecución de Antíoco IV Epífanes (168-164 a. C.). La opresión desbordaba ya todo lo imaginable. El poder del mal era superior a todas las fuerzas humanas. Según Daniel, los reinos opresores son bestias salvajes que destruyen al pueblo de Dios. Pero después de tanta opresión vendrá un reino humano. Dios quitará el poder a los reinos opresores y se lo entregará a Israel (Daniel 7).

Es difícil, sin embargo, que Jesús y los campesinos de Galilea conocieran con detalle el contenido de estos escritos apocalípticos, pues

solo circulaban en ambientes cultos como el “monasterio” de Qumrán. Sí pudieron conocer, sin embargo, dos oraciones que se recitaban ya en tiempo de Jesús. La plegaria llamada *Qaddish*, escrita en arameo, se rezaba en público en las sinagogas durante la liturgia de los sábados y días de fiesta. En ella se pedía así:

Que su Nombre grande sea ensalzado y santificado en el mundo que él ha creado según su voluntad. Que su Reino irrumpa en vuestra vida y en vuestros días, en los días de toda la casa de Israel, pronto y sin demora... Que una paz abundante llegada del cielo así como la vida vengan pronto sobre nosotros y sobre todo Israel... Que aquel que ha hecho la paz en las alturas la extienda sobre nosotros y sobre todo Israel.

La doble petición sobre la “santificación del nombre de Dios” y la “venida de su reino” hace pensar a no pocos autores que Jesús se inspiró en esta popular oración para formular la primera parte del “padrenuestro”.

También era conocida la oración de las *Dieciocho bendiciones*, que recitaban todos los días los varones al salir y al ponerse el sol. En una de ellas se le grita así a Dios: “Aleja de nosotros el sufrimiento y la aflicción y sé tú nuestro único Rey” (*Shemoné esré*, 11. Según el Talmud de Babilonia, esta oración se remonta a la generación posterior al destierro.).

Jesús pudo haber conocido también los llamados *Salmos de Salomón*, escritos por un grupo de fariseos desde lo más hondo de su profunda crisis, cuando el general Pompeyo entró en Jerusalén el año 63 a. C. y profanó el templo. Estos piadosos judíos expresan su confianza en la pronta intervención de Dios, verdadero rey de Israel, que establecerá su reino eterno por medio del Mesías, de la familia de David. Es conmovedora la afirmación de fe con la que comienzan y terminan el salmo 17: aunque las legiones romanas han ocupado la tierra prometida, ellos gritan así: “Señor, solo tú eres nuestro rey por siempre jamás”. *Salmos de Salomón*, 17. No sabemos si Jesús conocía los ambientes fariseos donde se vivía esta espiritualidad.

Ya está Dios aquí

Jesús sorprendió a todos con esta declaración: “El reino de Dios ya ha llegado”. Su seguridad tuvo que causar verdadero impacto. Su actitud era demasiado audaz: ¿no seguía Israel dominado por los romanos? ¿No seguían los campesinos oprimidos por las clases poderosas? ¿No estaba el mundo lleno de corrupción e injusticia? Jesús, sin embargo, habla y actúa movido por una convicción sorprendente: Dios está ya aquí, actuando de manera nueva. Su reinado ha comenzado a abrirse paso en estas aldeas de Galilea. La fuerza salvadora de Dios se ha puesto ya en marcha. Él lo está ya experimentando y quiere comunicarlo a todos. Esa intervención decisiva de Dios que todo el pueblo está esperando no es en modo alguno un sueño lejano; es algo real que se puede captar ya desde ahora. Dios comienza a hacerse sentir. En lo más hondo de la vida se puede percibir ya su presencia salvadora.

El evangelista Marcos ha resumido de manera certera este mensaje original y sorprendente de Jesús. Según él, Jesús proclamaba por las aldeas de Galilea la “buena noticia de Dios”, y venía a decir esto: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. Convertíos y creed esta buena noticia”. Este resumen del mensaje de Jesús ha sido elaborado probablemente entre los primeros misioneros cristianos, pero, según bastantes exegetas, la afirmación central, “el reino de Dios se ha acercado”,

proviene seguramente de Jesús (Beasley-Murray, Schlosser, Meier). Este lenguaje es nuevo. Jesús no habla, como sus contemporáneos, de la futura manifestación de Dios; no dice que el reino de Dios está más o menos cercano. Ha llegado ya. Esta aquí. Él lo experimenta. Por eso, y a pesar de todas las apariencias en contra, Jesús invita a creer en esta buena noticia.

No es difícil entender el escepticismo de algunos y el desconcierto de casi todos: ¿cómo se puede decir que el reino de Dios está ya presente? ¿Dónde puede ser visto o experimentado? ¿Cómo puede estar Jesús tan seguro de que Dios ha llegado ya? ¿Dónde le pueden ver aquellos galileos destruyendo a los paganos y poniendo justicia en Israel? ¿Dónde está el cataclismo final y las terribles señales que van a acompañar su intervención poderosa? Sin duda se lo plantearon más de una vez a Jesús. Su respuesta fue desconcertante: “El reino de Dios no viene de forma espectacular ni se puede decir: “Miradlo aquí o allí”. Sin embargo, el reino de Dios ya está entre vosotros”.

Hay un consenso general en considerar que estas palabras (Lucas 17(21) recogen el pensamiento auténtico de Jesús. También el *Evangelio [apócrifo] de Tomás* recoge la misma idea: “El reino del Padre se ha extendido sobre la tierra y la gente no lo ve” (113).

No hay que andar escrutando en los cielos señales especiales. Hay que olvidarse de los cálculos y conjeturas que hacen los escritores visionarios. No hay que pensar en una llegada visible, espectacular o cósmica del reino de Dios. Hay que aprender a captar su presencia y su señorío de otra manera, porque “el reino de Dios ya está entre vosotros”.

No siempre se han entendido bien estas palabras. A veces se han traducido de manera errónea: “El reino de Dios está *dentro* de vosotros”.

Aunque la expresión griega *entos hymin* puede significar también “dentro de vosotros”, los investigadores modernos traducen hoy de forma general: “El reino de Dios está *entre vosotros*”, pues, para Jesús, ese reino no es una realidad íntima y espiritual, sino una transformación que abarca la totalidad de la vida y de las personas.

Esto ha llevado, por desgracia, a desfigurar el pensamiento de Jesús reduciendo el reino de Dios a algo privado y espiritual que se produce en lo íntimo de una persona cuando se abre a la acción de Dios. Jesús no piensa en esto cuando habla a los campesinos de Galilea. Trata más bien de convencer a todos de que la llegada de Dios para imponer su justicia no es una intervención terrible y espectacular, sino una fuerza liberadora, humilde pero eficaz, que está ahí, en medio de la vida, al alcance de todos los que la acojan con fe.

Para Jesús, este mundo no es algo perverso, sometido sin remedio al poder del mal hasta que llegue la intervención final de Dios, como decían los escritos apocalípticos. Junto a la fuerza destructora y terrible del mal podemos captar ahora mismo la fuerza salvadora de Dios, que está ya conduciendo la vida a su liberación definitiva. El *Evangelio [apócrifo] de Tomás* atribuye a Jesús estas palabras: “El reino de Dios está dentro y fuera de vosotros”. *Evangelio [apócrifo] de Tomás* 3. Este dicho está recogido en un contexto donde se advierten influencias gnósticas. Sin embargo, según algunos autores, recoge el estilo y el pensamiento de Jesús

Es verdad. La acogida del reino de Dios comienza en el interior de las personas en forma de fe en Jesús, pero se realiza en la vida de los pueblos en la medida en que el mal va siendo vencido por la justicia salvadora de Dios.

La seguridad de Jesús es desconcertante. Están viviendo un momento privilegiado: aquellos pobres campesinos de Galilea están experimentando la salvación en la que habían soñado tanto sus antepasados. En los *Salmos de Salomón*, tan populares en los grupos fariseos del tiempo de Jesús, se podían leer frases como esta: “Felices los que vivan en aquellos días y puedan ver los bienes que el Señor prepara para la generación venidera” (*Salmo de Salomón* 18,6 *Los Oráculos de la Sibila*, un escrito apocalíptico de la diáspora escrito entre el 150-120 a C, decía “Feliz el hombre o la mujer que viva en aquel tiempo” (3, 371), Jesús felicita a sus seguidores porque están experimentando junto a él lo que tantos personajes grandes de Israel esperaron, pero nunca llegaron a conocer: “¡Dichosos los ojos que ven los que vosotros veis! Porque yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron”.

Estas palabras están recogidas en la fuente Q (Lucas 10,23-24 // Mateo 13,16-17) Según muchos autores, su contenido refleja fundamentalmente el pensamiento de Jesús. Hay otro dicho en el que Jesús afirma que después de Juan ha llegado ya la realidad nueva del reino de Dios “La ley y los profetas llegan hasta Juan, desde ahí comienza a anunciarse la buena noticia del reino de Dios” (Lucas 16,16 // Mateo 11,12-13), pero es difícil reconstruir su forma original y afirmar su posible autenticidad.

La mejor noticia

La llegada de Dios es algo bueno. Así piensa Jesús: Dios se acerca porque es bueno, y es bueno para nosotros que Dios se acerque. No viene a “defender” sus derechos y a tomar cuentas a quienes no cumplen sus mandatos. No llega para imponer su “dominio religioso”. De hecho, Jesús no pide a los campesinos que cumplan mejor su obligación de pagar los diezmos y primicias, no se dirige a los sacerdotes para que observen con más pureza los sacrificios de expiación en el templo, no anima a los escribas a que hagan cumplir la ley del sábado y demás prescripciones con más fidelidad. El reino de Dios es otra cosa. Lo que le preocupa a Dios es liberar a las gentes de cuanto las deshumaniza y les hace sufrir.

El mensaje de Jesús impresionó desde el principio. Aquella manera de hablar de Dios provocaba entusiasmo en los sectores más sencillos e ignorantes de Galilea. Era lo que necesitaban oír: Dios se preocupa de ellos. Las fuentes cristianas presentan constantemente y de diversas maneras el mensaje de Jesús y su actuación como *euaggelion*, es decir, “buena noticia”.

El reino de Dios que Jesús proclama responde a lo que más desean: vivir con dignidad. Todas las fuentes apuntan hacia un hecho del que es difícil dudar: Jesús se siente portador de una buena noticia y, de hecho, su mensaje genera una alegría grande entre aquellos campesinos pobres y humillados, gentes sin prestigio ni seguridad material, a los que tampoco desde el templo se les ofrecía una esperanza.

Los escritores apocalípticos describían de manera sombría la situación que se vivía en Israel. El mal lo invade todo. Todo está sometido a Satán. Todos los males, sufrimientos y desgracias están personalizados en él. Esta visión mítica no era una ingenuidad. Aquellos visionarios sabían muy bien que la maldad nace del corazón de cada individuo, pero constataban cómo toma luego cuerpo en la sociedad, las leyes y las costumbres, para terminar corrompiendo todo. No es solo Herodes el impío, ni la familia sacerdotal de Anas la corrupta. No son solo los grandes terratenientes los opresores, ni los recaudadores los únicos malvados. Hay “algo” más. El Imperio de Roma

esclavizando a los pueblos, el funcionamiento interesado del templo, la explotación de los campesinos exprimidos por toda clase de tributos e impuestos, la interpretación interesada de la ley por parte de algunos escribas: todo parece estar alimentado y dirigido por el poder misterioso del mal. La maldad está ahí, más allá de la actuación de cada uno; todos la absorben del entorno social y religioso como una fuerza satánica que los condiciona, los somete y deshumaniza.

En este ambiente apocalíptico, Jesús anuncia que Dios ha comenzado ya a invadir el reino de Satán y a destruir su poder. Ha empezado ya el combate decisivo. Dios viene a destruir no a las personas, sino el mal que está en la raíz de todo, envileciendo la vida entera. Jesús habla convencido: “Yo he visto a Satanás caer del cielo como un rayo”. Estas palabras son, tal vez, eco de una experiencia que marcó de manera decisiva su vida. Este dicho, recogido en Lucas 10,18, es considerado como original de Jesús. Bastantes autores piensan que Jesús está hablando de una experiencia personal (Stegemann, Hollenbach, *Gtto*, Theissen/Merz, Merklein).

Jesús ve que el mal empieza a ser derrotado. Se está haciendo realidad lo que se esperaba en algunos ambientes: “Entonces aparecerá el reinado de Dios sobre sus criaturas, sonará la hora final del diablo y con él desaparecerá la tristeza” (*Ascensión de Moisés 10,1*). El enemigo a combatir es Satán, nadie más. Dios no viene a destruir a los romanos ni a aniquilar a los pecadores. Llega a liberar a todos del poder último del mal. Esta batalla entre Dios y las fuerzas del mal por controlar el mundo no es un “combate mítico”, sino un enfrentamiento real y concreto que se produce constantemente en la historia humana. El reino de Dios se abre camino allí donde los enfermos son rescatados del sufrimiento, los endemoniados se ven liberados de su tormento y los pobres recuperan su dignidad. Dios es el “antimal”: busca “destruir” todo lo que hace daño al ser humano.

Por eso Jesús no habla ya de la “ira de Dios”, como el Bautista, sino de su “compasión”. Dios no viene como juez airado, sino como padre de amor desbordante. La gente lo escucha asombrada, pues todos se estaban preparando para recibirlo como juez terrible. Así lo decían los escritos del tiempo: “Se levantará de su trono con indignación y cólera”, “se vengará de todos sus enemigos”, “hará desaparecer de la tierra a los que han encendido su ira”, “ninguno de los malvados se salvará el día del juicio de la ira”. Según Marcos 1,24, los espíritus malignos que atormentan a los poseídos increpan así a Jesús: “¿Has venido a destruirnos?”. 11 Así hablan escritos como el *Primer libro de Henoc*, la *Ascensión de Moisés* o los *Salmos de Salomón*.

Jesús, por el contrario, busca la destrucción de Satán, símbolo del mal, pero no la de los paganos ni los pecadores. No se pone nunca de parte del pueblo judío y en contra de los pueblos paganos: el reino de Dios no va a consistir en una victoria de Israel que destruya para siempre a los gentiles. No se pone tampoco de parte de los justos y en contra de los pecadores: el reino de Dios no va a consistir en una victoria de los santos para hacer pagar a los malos sus pecados. Se pone a favor de los que sufren y en contra del mal, pues el reino de Dios consiste en liberar a todos de aquello que les impide vivir de manera digna y dichosa.

Si Dios viene a “reinar”, no es para manifestar su poderío por encima de todos, sino para manifestar su bondad y hacerla efectiva. Es curioso observar cómo Jesús, que habla constantemente del “reino de Dios”, no llama a Dios “rey”, sino “padre”. Los pocos textos que hablan de Dios como “rey” son secundarios o se encuentran entre el material especial

proveniente de Mateo (5,35; 18,23; 22,2; 25,34). Su reinado no es para imponerse a nadie por la fuerza, sino para introducir en la vida su misericordia y llenar la creación entera de su compasión. Esta misericordia, acogida de manera responsable por todos, es la que puede destruir a Satán, personificación de ese mundo hostil que trabaja contra Dios y contra el ser humano.

Jesús destaca en sus parábolas la “compasión” como el rasgo principal de Dios (Lucas 15,11-31; Mateo 18,18-35; 20,1-16). Por otra parte, según los evangelios, la “compasión” es lo que caracteriza su comportamiento ante los que sufren (Marcos 1,41; 6,34; Mateo 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Lucas 7,13). Se emplea siempre un verbo muy expresivo, *splanjñizomai*, que significa literalmente que a Jesús (y a Dios) le “tiemblan las entrañas” al ver a la gente sufriendo.

¿De dónde brota en Jesús esta manera de entender el “reino de Dios”? No es esto, ciertamente, lo que se enseñaba los sábados en la sinagoga, ni lo que se respiraba en la liturgia del templo. Al parecer, Jesús comunica su propia experiencia de Dios, no lo que se venía repitiendo en todas partes de manera convencional. Sin duda podía encontrar el rostro de un Dios compasivo en la mejor tradición de los orantes de Israel. Así se le experimenta a Dios en un conocido salmo: “El Señor es un Dios misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en amor y fidelidad”.

Salmo 86,15. El lenguaje que emplea Jesús para hablar de Dios sugiere el contenido de los tres términos hebreos que aparecen en este salmo: “misericordioso” (*raham*) indica una “compasión” que nace de las entrañas y conmueve a toda la persona; “clemente” (*hannún*) expresa un amor gratuito, incondicional, desbordante; “amor fiel” (*hésed*) habla de la fidelidad de Dios a su amor por el pueblo.

Sin embargo, Jesús no cita las Escrituras para convencer a la gente de la compasión de Dios. La intuye contemplando la naturaleza, e invita a aquellos campesinos a descubrir que la creación entera está llena de su bondad. Él “hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos”. (Mateo 5,45). El evangelista Lucas recoge de otra manera el pensamiento de Jesús: Dios “es bueno con los desagradecidos y los perversos” (6,35). Se considera que este dicho de Jesús, proveniente de la fuente Q, expresa la convicción de Jesús.

Dios no se reserva su amor solo para los judíos ni bendice solo a los que viven obedeciendo la ley. Tiene también compasión de los gentiles y pecadores. Esta actuación de Dios, que tanto escandalizaba a los sectores más fanáticos, a Jesús le conmueve. No es que Dios sea injusto o que reaccione con indiferencia ante el mal. Lo que sucede es que no quiere ver sufrir a nadie. Por eso su bondad no tiene límites, ni siquiera con los malos. Este es el Dios que está llegando.

Dios, amigo de la vida

Nadie lo pone en duda. Jesús entusiasmó a los campesinos de Galilea. A pesar de lo que se ha dicho sobre la llamada “crisis galilea” (Dodd, Mussner, Schillebeeckx), el entusiasmo de los campesinos de Galilea por Jesús no parece que decayera nunca (Aguirre, Sobrino). El reino de Dios, tal como él lo presentaba, tenía que ser algo muy sencillo, al alcance de aquellas gentes. Algo muy concreto y bueno que entendían hasta los más ignorantes: lo primero para Jesús es la vida de la gente, no la religión. Al oírle hablar y, sobre todo, al verle curar a los enfermos, liberar de su mal a los

endemoniados y defender a los más despreciados, tienen la impresión de que Dios se interesa realmente por su vida y no tanto por cuestiones “religiosas” que a ellos se les escapan. El reino de Dios responde a sus aspiraciones más hondas.

Los campesinos galileos captan en él algo nuevo y original: Jesús proclama la salvación de Dios curando. Anuncia su reino poniendo en marcha un proceso de sanación tanto individual como social. Su intención de fondo es clara: curar, aliviar el sufrimiento, restaurar la vida.

El evangelio de Juan pone en boca de Jesús una frase que resume bien el recuerdo que quedó de Jesús: “Yo he venido para que tengan vida, y vida abundante” (10,10).

No cura de manera arbitraria o por puro sensacionalismo. Tampoco para probar su mensaje o reafirmar su autoridad. Cura “movido por la compasión”, para que los enfermos, abatidos y desquiciados experimenten que Dios quiere para todos una vida más sana. Así entiende su actividad curadora: “Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios”. Estas palabras están consignadas en la fuente Q (Lucas 11,20 // Mateo 12,28) y recogen la convicción de Jesús. Lucas dice que Jesús expulsa los demonios “por el dedo de Dios”. Según Mateo, lo hace “por el Espíritu de Dios”. La expresión de Lucas se acerca más al lenguaje vivo y concreto de Jesús.

Según un antiguo relato cristiano, cuando los discípulos del Bautista le preguntan: “¿Eres tú el que tenía que venir?”, Jesús se limita a exponer lo que está ocurriendo: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia; y dichoso el que no se escandalice por mi causa”. Mateo 11,4-6 y Lucas 7,22-23 copian literalmente esta respuesta de Jesús tal como la encuentran en la fuente Q. Bastantes investigadores piensan que se trata de una elaboración de la comunidad cristiana para mostrar que en Jesús se cumplen las profecías de Isaías. Sin embargo, Meier, Scobie, Wink y otros presentan indicios convincentes de que este material recoge de manera auténtica la convicción de Jesús: el tiempo de salvación profetizado por Isaías ya está aquí. Jesús entiende que es Dios quien está actuando con poder y misericordia, curando a los enfermos y defendiendo la vida de los desgraciados. Esto es lo que está sucediendo, aunque vaya en contra de las previsiones del Bautista y de otros muchos. No se están cumpliendo las amenazas anunciadas por los escritores apocalípticos, sino lo prometido por el profeta Isaías, que anunciaba la venida de Dios para liberar y curar a su pueblo (Isaías 35,5-6; 61,1).

Según los evangelistas, Jesús despide a los enfermos y pecadores con este saludo: “Vete en paz” (Marcos 5,34; Lucas 7,50; 8,48.), disfruta de la vida. Jesús les desea lo mejor: salud integral, bienestar completo, una convivencia dichosa en la familia y en la aldea, una vida llena de las bendiciones de Dios. No es posible saber si era una costumbre de Jesús o si se trata de una expresión puesta en sus labios por la comunidad cristiana. En cualquier caso, así se le recordaba a Jesús (Dunn).

El término hebreo *shalom* o “paz” indica la felicidad más completa; lo más opuesto a una vida indigna, desdichada, maltratada por la enfermedad o la pobreza. Siguiendo la tradición de los grandes profetas, Jesús entiende el reino de Dios como un reino de vida y de paz. Su Dios es “amigo de la vida”. Posiblemente, Jesús no llegó a conocer esta bella definición de Dios

que se puede leer en el libro de la Sabiduría (11,26), obra escrita en Alejandría entre los años 100 y 50 a. C.

Jesús solo llevó a cabo un puñado de curaciones. Por las aldeas de Galilea y Judea quedaron otros muchos ciegos, leprosos y endemoniados sufriendo sin remedio su mal. Solo una pequeña parte experimentó su fuerza curadora. Nunca pensó Jesús en los “milagros” como una fórmula mágica para suprimir el sufrimiento en el mundo, sino como un signo para indicar la dirección en la que hay que actuar para acoger e introducir el reino de Dios en la vida humana. Cuando Jesús confía su misión a sus seguidores, les encomienda invariablemente dos tareas: “anunciar que el reino está cerca” y “curar a los enfermos”. Por eso Jesús no piensa solo en las curaciones de personas enfermas. Toda su actuación está encaminada a generar una sociedad más saludable: su rebeldía frente a comportamientos patológicos de raíz religiosa como el legalismo, el rigorismo o el culto vacío de justicia; su esfuerzo por crear una convivencia más justa y solidaria; su ofrecimiento de perdón a gentes hundidas en la culpabilidad; su acogida a los maltratados por la vida o la sociedad; su empeño en liberar a todos del miedo y la inseguridad para vivir desde la confianza absoluta en Dios. Según Marcos, Jesús justificó su acogida a los pecadores con este refrán popular: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos” (2,17). Curar, liberar del mal, sacar del abatimiento, sanear la religión, construir una sociedad más amable, constituyen caminos para acoger y promover el reino de Dios. Son los caminos que recorrerá Jesús.

Tienen suerte los pobres

Jesús no excluye a nadie. A todos anuncia la buena noticia de Dios, pero esta noticia no puede ser escuchada por todos de la misma manera. Todos pueden entrar en su reino, pero no todos de la misma manera, pues la misericordia de Dios está urgiendo antes que nada a que se haga justicia a los más pobres y humillados. Por eso la venida de Dios es una suerte para los que viven explotados, mientras se convierte en amenaza para los causantes de esa explotación.

Jesús declara de manera rotunda que el reino de Dios es para los pobres. Tiene ante sus ojos a aquellas gentes que viven humilladas en sus aldeas, sin poder defenderse de los poderosos terratenientes; conoce bien el hambre de aquellos niños desnutridos; ha visto llorar de rabia e impotencia a aquellos campesinos cuando los recaudadores se llevan hacia Séforis o Tiberíades lo mejor de sus cosechas. Son ellos los que necesitan escuchar antes que nadie la noticia del reino: “Dichosos los que no tenéis nada, porque es vuestro el reino de Dios; dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados; dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis”. Hay un consenso bastante generalizado en que estas tres bienaventuranzas, dirigidas concretamente a los pobres, los hambrientos y los que lloran, han sido formuladas por Jesús, y de que la versión de Lucas (6,20-21) es más auténtica que la de Mateo (5,3-11), que las ha espiritualizado, añadiendo además otras nuevas. Jesús los declara dichosos, incluso en medio de esa situación injusta que padecen, no porque pronto serán ricos como los grandes propietarios de aquellas tierras, sino porque Dios está ya viniendo para suprimir la miseria, terminar con el hambre y hacer aflorar la sonrisa en sus labios. Él se alegra ya desde ahora con ellos. No les invita a la resignación, sino a la esperanza. No quiere que se hagan falsas ilusiones, sino que recuperen su dignidad. Todos tienen que saber que Dios es el defensor de los pobres. Ellos son sus preferidos. Si su reinado es acogido,

todo cambiará para bien de los últimos. Esta es la fe de Jesús, su pasión y su lucha.

Jesús no habla de la “pobreza” en abstracto, sino de aquellos pobres con los que él trata mientras recorre las aldeas. Familias que sobreviven malamente, gentes que luchan por no perder sus tierras y su honor, niños amenazados por el hambre y la enfermedad, prostitutas y mendigos despreciados por todos, enfermos y endemoniados a los que se les niega el mínimo de dignidad, leprosos marginados por la sociedad y la religión. Aldeas enteras que viven bajo la opresión de las elites urbanas, sufriendo el desprecio y la humillación. Hombres y mujeres sin posibilidades de un futuro mejor. ¿Por qué el reino de Dios va a constituir una buena noticia para estos pobres? ¿Por qué van a ser ellos los privilegiados? ¿Es que Dios no es neutral? ¿Es que no ama a todos por igual? Si Jesús hubiera dicho que el reino de Dios llegaba para hacer felices a los justos, hubiera tenido su lógica y todos le habrían entendido, pero que Dios esté a favor de los pobres, sin tener en cuenta su comportamiento moral, resulta escandaloso. ¿Es que los pobres son mejores que los demás, para merecer un trato privilegiado dentro del reino de Dios?

Jesús nunca alabó a los pobres por sus virtudes o cualidades. Probablemente aquellos campesinos no eran mejores que los poderosos que los oprimían; también ellos abusaban de otros más débiles y exigían el pago de las deudas sin compasión alguna. Al proclamar las bienaventuranzas, Jesús no dice que los pobres son buenos o virtuosos, sino que están sufriendo injustamente. Si Dios se pone de su parte, no es porque se lo merezcan, sino porque lo necesitan. Dios, Padre misericordioso de todos, no puede reinar sino haciendo ante todo justicia a los que nadie se la hace. Esto es lo que despierta una alegría grande en Jesús: ¡Dios defiende a los que nadie defiende!

Esta fe de Jesús se arraigaba en una larga tradición. Lo que el pueblo de Israel esperaba siempre de sus reyes era que supieran defender a los pobres y desvalidos. Un buen rey se debe preocupar de su protección, no porque sean mejores ciudadanos que los demás, sino simplemente porque necesitan ser protegidos. La justicia del rey no consiste en ser “imparcial” con todos, sino en hacer justicia a favor de los que son oprimidos injustamente. Lo dice con claridad un salmo que presentaba el ideal de un buen rey: “Defenderá a los humildes del pueblo, salvará a la gente pobre y aplastará al opresor... Librará al pobre que suplica, al desdichado y al que nadie ampara. Se apiadará del débil y del pobre. Salvará la vida de los pobres, la rescatará de la opresión y la violencia. Su sangre será preciosa ante sus ojos” (Salmo 72,4.12-14). Este salmo, dedicado a Salomón, ofrece la visión que se tiene en Israel del rey ideal. La conclusión de Jesús es clara. Si algún rey sabe hacer justicia a los pobres, ese es Dios, el “amante de la justicia” (Salmo 99,4). No se deja engañar por el culto que se le ofrece en el templo. De nada sirven los sacrificios, los ayunos y las peregrinaciones a Jerusalén. Para Dios, lo primero es hacer justicia a los pobres. Probablemente Jesús recitó más de una vez un salmo que proclama así a Dios: “Él hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, libera a los condenados... el Señor protege al inmigrante, sostiene a la viuda y al huérfano”. (Salmo 146,7.9) Este salmo pertenece a un grupo de salmos que comienzan con la aclamación del *alehuya* “Alabad a Yahvé”) y que los judíos recitaban por la mañana. Si hubiera conocido esta bella oración del libro de Judit, habría gozado: “Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados” (Judit 9,11). Se trata de una obra de autor desconocido, escrita hacia el 150 a. c., que se atribuye artificialmente a Judit “la judía”),

una heroína legendaria al servicio de la liberación de su pueblo. Así experimenta también Jesús a Dios.

Las cosas tienen que cambiar

¿Qué esperaba Jesús en concreto? ¿Cómo se imaginaba la implantación del reino de Dios? ¿Qué tenía que suceder para que, de verdad, el reino de Dios se concretara en algo bueno para los pobres? ¿Pensaba solo en la conversión de los que le escuchaban para que Dios transformara sus corazones y reinara en un número cada vez mayor de seguidores? ¿Buscaba sencillamente la purificación de la religión judía? ¿Pensaba en una transformación social y política profunda en Israel, en el Imperio romano y, en definitiva, en el mundo entero? Ciertamente, el reino de Dios no era para Jesús algo vago o etéreo. La irrupción de Dios está pidiendo un cambio profundo. Si anuncia el reino de Dios es para despertar esperanza y llamar a todos a cambiar de manera de pensar y de actuar. Para hablar de la “conversión” que pide Jesús, los evangelios utilizan el verbo *metanoein*, que significa cambiar de manera de “pensar” y de “actuar”. Hay que “entrar” en el reino de Dios, dejarse transformar por su dinámica y empezar a construir la vida tal como la quiere Dios.

¿En qué se podía ir concretando el reino de Dios? Al parecer, Jesús quería ver a su pueblo restaurado y transformado según el ideal de la Alianza: un pueblo donde se pudiera decir que reinaba Dios. Para los judíos, volver a la Alianza era volver a ser enteramente de Dios: un pueblo libre de toda esclavitud extranjera y donde todos pudieran disfrutar de manera justa y pacífica de su tierra, sin ser explotados por nadie. Los profetas soñaban con un “pueblo de Dios” donde los niños no morirían de hambre, los ancianos vivirían una vida digna, los campesinos no conocerían la explotación. Así dice uno de ellos: “No habrá allí jamás niño que viva pocos días o viejo que no llene sus días... Edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que otro habite, no plantarán para que otro coma” (Isaías 65,20-22). Son palabras de un profeta anónimo posterior al destierro.

En tiempos de Jesús, algunos pensaban que el único camino para vivir como “pueblo de la Alianza” era expulsar a los romanos, ocupantes impuros e idólatras: no tener alianza alguna con el César; desobedecerle y negarse a pagar los tributos. Los esenios de Qumrán pensaban de otra manera: era imposible ser el “pueblo santo de Dios” en medio de aquella sociedad corrompida; la restauración de Israel debía empezar creando en el desierto una “comunidad separada”, compuesta por hombres santos y puros. La posición de los fariseos era diferente: levantarse contra Roma y negarse a pagar los impuestos era un suicidio; retirarse al desierto, un error. El único remedio era sobrevivir como pueblo de Dios insistiendo en la pureza ritual que los separaba de los paganos.

Por lo que podemos saber, Jesús nunca tuvo en su mente una estrategia concreta de carácter político o religioso para ir construyendo el reino de Dios. Aunque los cristianos de hoy hablan de “construir” o “edificar” el reino de Dios, Jesús no emplea nunca este lenguaje. Lo importante, según él, es que todos reconozcan a Dios y “entren” en la dinámica de su reinado. No es un asunto meramente religioso, sino un compromiso de profundas consecuencias de orden político y social. La misma expresión “reino de Dios”, elegida por Jesús como símbolo central de todo su mensaje y actuación, no deja de ser un término político que no puede suscitar sino expectación en todos, y también fuerte recelo en el entorno del gobernador romano y en los círculos herodianos de Tiberíades. El único imperio reconocido en el mundo mediterráneo y más allá era el “imperio del César”.

¿Qué está sugiriendo Jesús al anunciar a la gente que está llegando el “imperio de Dios”? Los evangelios traducen invariablemente el término “reino” empleado por Jesús con la palabra *basileia*, que en los años treinta solo se utilizaba para hablar del “imperio” de Roma (Crossan, Patterson, Kaylor, Horsley).

Es el emperador de Roma el que, con sus legiones, establece la paz e impone su justicia en el mundo entero, sometiendo a los pueblos a su imperio. Él les proporciona bienestar y seguridad, al mismo tiempo que les exige una implacable tributación. ¿Qué pretende ahora Jesús al tratar de convencer a todos de que hay que entrar en el “imperio de Dios”, que, a diferencia de Tiberio, que solo busca honor, riqueza y poder, quiere ante todo hacer justicia precisamente a los más pobres y oprimidos del Imperio?

La gente percibió que Jesús ponía en cuestión la soberanía absoluta y exclusiva del emperador. No es extraño que, en una ocasión, “herodianos” del entorno de Antipas y “fariseos” le plantearan una de las cuestiones más delicadas y debatidas: “¿Es lícito pagar tributo al César o no?”. Jesús pidió un denario y preguntó de quién era la imagen acuñada y la inscripción. Naturalmente, la imagen era de Tiberio y la inscripción decía: *Tiberius, Caesar, Divi Augusti Filius, Augustus*. Aquel denario era el símbolo más universal del poder “divino” del emperador. En el mundo antiguo, poder acuñar moneda propia era uno de los símbolos más importantes de soberanía.

Jesús pronunció entonces unas palabras que quedaron profundamente grabadas en el recuerdo de sus seguidores: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. El episodio está recogido en Marcos, en la fuente Q y en el *Evangelio [apócrifo] de Tomás*. Hay un consenso general en que estas palabras de Jesús recogen con autenticidad su respuesta (Marcos 12,17; Mateo 22,21, Lucas 20,25; *Evangelio [apócrifo] de Tomás 100,2-3*).

Nadie está por encima de Dios, ni Tiberio. Devolvedle al César este signo de su poder, pero no le deis nunca a ningún César lo que solo le pertenece a Dios: la dignidad de los pobres y la felicidad de los que sufren. Ellos son de Dios, su reino les pertenece. No hay entre los investigadores un consenso sobre cuál fue la posición concreta de Jesús ante el sistema de tributación exigido por Roma.

Jesús se expresó de forma más clara al hablar de los ricos terratenientes. Su riqueza es “injusta”, pues el único modo de enriquecerse en aquella sociedad era explotando a los campesinos, único colectivo que producía riqueza. El reino de Dios exige terminar con esa inicua explotación: “No podéis servir a Dios y al Dinero” (Estas palabras están recogidas en la fuente Q (Mateo 6,24 / / Lucas 16,13)). No es posible entrar en el reino acogiéndose como señor a Dios, defensor de los pobres, y seguir al mismo tiempo acumulado riqueza precisamente a costa de ellos. Hay que cambiar. “Entrar” en el reino de Dios quiere decir construir la vida no como quiere Tiberio, las familias herodianas o los ricos terratenientes de Galilea, sino como quiere Dios. Por eso, “entrar” en su reino es “salir” del imperio que tratan de imponer los “jefes de las naciones” y los poderosos del dinero.

Jesús no solo denuncia lo que se opone al reino de Dios. Sugiere además un estilo de vida más de acuerdo con el reino del Padre. No busca solo la conversión individual de cada persona. Habla en los pueblos y aldeas tratando de introducir un nuevo modelo de comportamiento social. Los ve angustiados por las necesidades más básicas: pan para llevarse a la boca y vestido con que cubrir su cuerpo. Jesús entiende que, entrando en la dinámica del reino de Dios, esa situación puede cambiar: “No andéis

preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis... Buscad más bien el reino de Dios y esas cosas se os darán por añadidura” (Fuente Q (Lucas 12,22.31 / / Mateo 6,25.33). El núcleo de esta enseñanza proviene de Jesús.). No apela con ello a una intervención milagrosa de Dios, sino a un cambio de comportamiento que pueda llevar a todos a una vida más digna y segura. Lo que se vive en aquellas aldeas no puede ser del agrado de Dios: riñas entre familias, insultos y agresiones, abusos de los más fuertes, olvido de los más indefensos. Aquello no es vivir bajo el reinado de Dios. Jesús invita a un estilo de vida diferente y lo ilustra con ejemplos que todos pueden entender: hay que terminar con los odios entre vecinos y adoptar una postura más amistosa con los adversarios y con aquellos que hieren nuestro honor. Hay que superar la vieja “ley del talión”: Dios no puede reinar en una aldea donde los vecinos viven devolviendo mal por mal, “ojo por ojo y diente por diente”. Hay que contener la agresividad ante el que te humilla golpeándote el rostro: “Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra”. Hay que dar con generosidad a los necesitados que viven mendigando ayuda por las aldeas: “Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames”. Hay que comprender incluso al que, urgido por la necesidad, se lleva tu manto; tal vez necesita también tu túnica: “Al que te quite el manto, no le niegues la túnica”. Hay que tener un corazón grande con los más pobres.

Hay que parecerse a Dios: “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo”. Si los campesinos de estas aldeas viven así, a nadie le faltará pan ni vestido. El conjunto de dichos recogidos en la fuente Q (Lucas 6,27-35 / / Mateo 6,25-34) transmite sustancialmente la enseñanza de Jesús. Probablemente se trata de un mensaje dirigido a los campesinos de las aldeas galileas (Horsley, Kaylor), aunque no hay que excluir que formara parte de su enseñanza al grupo de seguidores más cercanos (Theissen, Ben Witherington III).

Una fuente de conflictos y disputas dolorosas era el fantasma de las deudas. Todos trataban de evitar a toda costa caer en la espiral del endeudamiento, que los podía llevar a perder las tierras y quedar en el futuro a merced de los grandes terratenientes. Todo el mundo exigía a su vecino el pago riguroso de las deudas contraídas por pequeños préstamos y ayudas para poder responder a las exigencias de los recaudadores. Jesús intenta crear un clima diferente invitando incluso al mutuo perdón y a la cancelación de deudas. Dios llega ofreciendo a todos su perdón. ¿Cómo acogerlo en un clima de mutua coacción y de exigencia implacable del pago de las deudas? El perdón de Dios tiene que crear un comportamiento social más fraterno y solidario. De ahí la petición que Jesús quiere que nazca del corazón de sus seguidores: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores”. La petición está recogida en la fuente Q (Mateo 6,12 / / Lucas 11,4). La versión conservada en Mateo parece más original.

Es significativo observar cómo Lucas, al presentar el programa de la actuación de Jesús, sugiere que viene a proclamar el gran “Jubileo de Dios”. Según una vieja tradición, cada cuarenta y nueve años se debía declarar en Israel “el año del Jubileo”, para restaurar de nuevo la igualdad y estabilidad social en el pueblo de la Alianza. Ese año se devolvía la libertad a quienes se habían vendido como esclavos para pagar sus deudas, se restituían las tierras a sus primeros propietarios y se condonaban todas las deudas. La normativa sobre el año del Jubileo está recogida en el capítulo 25 del Levítico, compendio de leyes, ritos y prescripciones recopilado por los sacerdotes de Israel.

Según el relato de Lucas, Jesús inicia su actividad atribuyéndose estas palabras: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la buena noticia; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos; para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”. Lucas 4,18-19. Jesús lee el libro de Isaías 61,1-2. Según algunos expertos, este texto era uno de los que se seleccionaba para ser leído en las sinagogas al comienzo del año del Jubileo (Ringe, Fuellenbach).

Haya entendido o no su misión en el contexto del Jubileo, lo cierto es que Jesús anuncia el reino de Dios como una realidad que exige la restauración de la justicia social.

En general, los autores piensan que se trata de una visión teológica de Lucas.

Lo mejor está por venir

El reino de Dios ha llegado y su fuerza está ya actuando, pero lo que se puede comprobar en Galilea es insignificante. Lo que espera el pueblo de Israel y el mismo Jesús para el final de los tiempos es mucho más. El reino de Dios está ya abriéndose camino, pero su fuerza salvadora solo se experimenta de manera parcial y fragmentaria, no en su totalidad y plenitud final. Por eso Jesús invita a “entrar” ahora mismo en el reino de Dios, pero al mismo tiempo enseña a sus discípulos a vivir gritando: “Venga a nosotros tu reino”.

Jesús habla con toda naturalidad del reino de Dios como algo que está presente y al mismo tiempo como algo que está por llegar. No siente contradicción alguna. El reino de Dios no es una intervención puntual, sino una acción continuada del Padre que pide una acogida responsable, pero que no se detendrá, a pesar de todas las resistencias, hasta alcanzar su plena realización. Está “germinando” ya un mundo nuevo, pero solo en el futuro alcanzará su plena realización.

En el *Rollo de la guerra*, escrito hallado en Qumrán, la confrontación definitiva entre “los hijos de la luz” y “los hijos de las tinieblas” se prolongará durante “cuarenta años”, en los que el bien se irá imponiendo progresivamente al mal.

Jesús la desea ardientemente. En la tradición cristiana quedaron recogidos dos gritos que ciertamente nacieron de su pasión por el reino de Dios. Son dos peticiones, directas y concisas, que reflejan su anhelo y su fe: “Padre, santificado sea tu nombre”, “venga tu reino” (Fuente Q (Lucas 11,2 / / Mateo 6,9-10a). Nadie pone en duda que estas dos peticiones provienen de Jesús.). Jesús ve que el “nombre de Dios” no es reconocido ni santificado. No se le deja ser Padre de todos. Aquellas gentes de Galilea que lloran y pasan hambre son la prueba más clara de que su nombre de Padre es ignorado y despreciado.

De ahí el grito de Jesús: “Padre, santificado sea tu nombre”, hazte respetar, manifiesta cuanto antes tu poder salvador. Jesús le pide además directamente: “Venga tu reino”. La expresión es nueva y descubre su deseo más íntimo: Padre, ven a reinar. La injusticia y el sufrimiento siguen presentes en todas partes. Nadie logrará extirparlos definitivamente de la tierra. Revela tu fuerza salvadora de manera plena. Solo tú puedes cambiar las cosas de una vez por todas, manifestándote como Padre de todos y transformando la vida para siempre.

El reino de Dios está ya aquí, pero solo como una “semilla” que se está sembrando en el mundo; un día se podrá recoger la “cosecha” final. El reino de Dios está irrumpiendo en la vida como una porción de “levadura”; Dios hará que un día esa levadura lo transforme todo. La fuerza salvadora de Dios está ya actuando secretamente en el mundo, pero es todavía como un “tesoro escondido” que muchos no logran descubrir; un día todos lo podrán disfrutar. Jesús no duda de este final bueno y liberador. A pesar de todas las resistencias y fracasos que se puedan producir, Dios hará realidad esa utopía tan vieja como el corazón humano: la desaparición del mal, de la injusticia y de la muerte.

En el Apocalipsis, escrito probablemente hacia el año 95 bajo la persecución del emperador Domiciano, el autor consuela a los perseguidos con esta fe sembrada por Jesús: aquel día, “Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo habrá pasado” (21,4).

¿Cuándo llegará este final? Jesús no se preocupa de fechas ni calendarios; no hace cálculos, al estilo de los escritores apocalípticos; no concreta plazos ni especula sobre períodos o edades sucesivas.

La mayoría de los investigadores piensa que el reino de Dios predicado por Jesús incluye dos grandes momentos: su gestación histórica y su consumación al final de ella (Meier, Sanders, Theissen/Merz, Meyer, Allison, Beasley-Murray, Perrin...). Recientemente, algunos autores han avanzado diferentes hipótesis afirmando que, al anunciar el reino de Dios, Jesús está pensando en una “renovación de esta vida”, aquí y ahora, sin ningún otro horizonte de consumación escatológica. Este “reinado histórico de Dios” es entendido como “reino sapiencial” (Mack), “reino de revolución social” (Horsley), “reino de experiencia del Espíritu” (Borg), “reino de Dios sin intermediarios” o *Brokerlers Kingdom* (Crossan), “reino de aceptación de la Torá” (Vermes). El principal argumento contra estas nuevas hipótesis acerca del reinado de Dios es que Jesús parte de la visión apocalíptica del Bautista y da origen a comunidades cristianas que viven en la expectativa de “nuevos cielos y nueva tierra”. Es difícil de explicar que, en medio de estas dos realidades, Jesús predique un reino de Dios solo para esta vida, sin expectativa escatológica.

Probablemente, como la mayoría de sus contemporáneos, también Jesús lo intuía como algo próximo e inminente. Hay que vivir en alerta porque el reino puede venir en cualquier momento. Sin embargo, Jesús ignora cuándo puede llegar, y lo reconoce humildemente: “De aquel día y de aquella hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre”. (Marcos 13,32).

Estas palabras recogen sustancialmente una afirmación de Jesús. Ningún cristiano se habría atrevido a inventar un dicho en el que Jesús apareciera ignorando la más importante de todas las fechas. Parece que Jesús esperaba la venida inminente del reino definitivo de Dios, pero nunca lo situó dentro de un plazo concreto de tiempo (Meier, Theissen/Merz, Jeremias, Bultmann, etc.).

Jesús mantiene su confianza en el reino definitivo de Dios y la reafirma con fuerza en la cena en que se despide de sus discípulos horas antes de ser crucificado. Es la última de aquellas comidas festivas que, con tanto gozo, ha celebrado por los pueblos simbolizando el banquete definitivo en el reino de Dios. ¡Cuánto había disfrutado “anticipando” la fiesta final en la que Dios compartirá su mesa con los pobres y los hambrientos, los pecadores y los impuros, incluso con paganos extraños a Israel! Esta era su última

comida festiva en este mundo. Jesús se sienta a la mesa sabiendo que Israel no ha escuchado su mensaje. Su muerte está próxima, pero en su corazón apenado sigue ardiendo la esperanza. El reino de Dios vendrá. Dios acabará triunfando, y con él triunfará también él mismo, a pesar de su fracaso y de su muerte. Dios llevará a plenitud su reino y hará que Jesús se sienta en el banquete final a beber un “vino nuevo”. Esta es su indestructible esperanza: “En verdad os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta ese día en que lo beba nuevo en el reino de Dios” (Marcos 14,25). La gran mayoría de los investigadores afirma la autenticidad de este dicho de Jesús (Schlosser, Meier, Theissen/Merz, Pesch, Merklein, Léon-Dufour...).

BIBLIOGRAFÍA

1. Para un tratamiento general del reino de Dios

PERRIN, Norman, *The Kingdom of God in the Teaching of Jesus*. Londres, SCM Press, 1975.

-*Jesus and the Language of the Kingdom*. Filadelfia, Fortress Press, 1976.

BEASLEY-MURRAY, G. R., *Jesus and the Kingdom of God*. Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1986.

MEIER, John Paul, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. H/l. Juan y Jesús. El reino de Dios*. Estella, Verbo Divino, 2001, pp. 291-592.

THEISSEN, Gerd / MERZ, Annete, *El Jesús histórico*. Salamanca, Sígueme, 1999, pp. 273-316.

BARBAGLIO, Giuseppe, *Jesús, hebreo de Galilea. Investigación histórica*. Salamanca, Secretariado Trinitario, 2003, pp. 249-291.

GNILKA, Joachim, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*. Barcelona, Herder, 1993, pp. 172-201.

MERKLEIN, Helmut, *La signoria di Dio nell'annuncio di Gesù*. Brescia, Paideia, 1994.

SANDERS, Ed Parish, *La figura histórica de Jesús*. Estella, Verbo Divino, 2000, pp. 191-227.

MERKLEIN, Helmut, *Jesús y el judaísmo*. Madrid, Trotta, 2004, pp. 185-231 Y 325-349.

VIDAL, Senén, *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente*. Salamanca, Sígueme, 2003, pp. 109-213.

FUELLENBACH, John, *The Kingdom of God. The Message of Jesus Today*. Maryknoll, NY, Orbis Books, 1995.

CHILTON, Broce, *Pure Kingdom. Jesus' Vision of God*. Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1996.

CHILTON, Broce, (ed.), *The Kingdom of God in the Teaching of Jesus*. Filadelfia, Fortress Press, 1984.

2. Para el estudio de las diversas interpretaciones del reino de Dios en la investigación actual

SAUCY, Mark, *The Kingdom of God in the Teaching of Jesus in 20th Century Theology*. Dallas, TX, Word Publishing, 1997.

WITHERINGTON III, Ben, *The Jesus Quest. The Third Search for the Jew of Nazareth*. Downers Grove, IL, Inter-Varsity Press, 21997, sobre todo pp. 116-136 Y137-160.

BORG, Marcus J., *Jesus in contemporary Scholarship*. Valley Forge, PA, Trinity Press Intemational, 1994, sobre todo pp. 47-126.

CHILTON, Bruce, "The Kingdom of God in recent Discussion", en Broce CHILTON I Craig A. EVANS (eds.), *Studying the Historical Jesus. Evaluations of the State Current Research*. Leiden, Brill, 1998, pp. 255-280.

3. Para la espera del reino de Dios

GRELOT, Pierre, *L'espérance juive al'heure de Jésus*. París, Desclée, 1978.

4. Para la dimensión política y social del reino de Dios

KAYLOR, R. David, *Jesus the Prophet. His vision o1the Kingdom on Earth*. Louisville, KY, Westminster -John Knox Press, 1994, sobre todo pp. 70-120.

HORSLEY, Richard A., *Jesus and the Spiral o1 Violence. Popular Jewish Resistance in Roman Palestine*. Minneapolis, Fortress Press, 1993, sobre todo pp. 167-326.

HORSLEY, Richard A., *Jesús y el Imperio. El reino de Dios y el nuevo desorden mundial*. Estella, Verbo Divino, 2003, sobre todo pp. 105-163.

5. Para una consideración del reino de Dios como reino de vida, justicia y liberación

CASTILLO, José María, *El reino de Dios. Por la vida y dignidad de los seres humanos*. Bilbao, Desciée de Brouwer, 1999, sobre todo pp. 35-53 Y63-104.

SOBRINO, Jon, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*. Madrid, Trotta, 1991, sobre todo pp. 95-141.

LOIS, Julio, *Jesús de Nazaret, el Cristo liberador*. Madrid, HOAC, 1995, sobre todo pp. 83-99.